



### Entrevista con Francisco-Félix Montiel \*

P. ¿Qué recuerdos guarda como diputado socialista en las Cortes de 1936?

R. Por viejas y nuevas discrepancias, llegué al Congreso con pocas ganas de entusiasarme con la política del PSOE; que en realidad no era una política clara. No se sabía a donde íbamos. Apoyábamos al gobierno, pero solo en votaciones formales, un modo de integrar con el “sí” de rigor la mayoría de las Cortes. No sabíamos exactamente hasta dónde estábamos con el gobierno y desde que línea hacíamos banda aparte. Con el gobierno no estábamos en la calle, ni en las discusiones internas del partido socialista, ni en la doctrina que exponían nuestros periódicos. Habíamos ganado las elecciones, pero teníamos un gobierno que era como si las hubiéramos perdido.

P. ¿Por qué estalla la guerra civil?

R. Insisto en atribuir una especialísima significación al año 1934. Año clave del agitado período en el que tuvo lugar nuestra guerra. Recordemos que en febrero de ese año se había producido en Austria un hecho alarmante: la derrota del partido socialista, singularmente en Viena. Triunfo de Hitler. Muchos pensaron cómo y dónde vengar Austria. Fue entonces cuando las democracias europeas, que no deseaban complicarse sus vidas tranquilas, decidieron llevar adelante la “lucha contra el fascismo” hasta el último español. Nuestro octubre de 1934 -sobre todo en Asturias- fue el primer producto de esa conjura europea.. España y sus discordias en el juego ajeno de las grandes estrategias mundiales. En Londres y en París se decidió: “Hay que vengar Austria en España”. Al estallar nuestra guerra se dió una especie de “legitimidad europea” a la intervención militar en nuestro país. Casi nadie pensó que de esa manera se estaba desbrozando el camino y aceptando la intervención soviética. Detrás de aquella Europa cobarde e insensata esperaban su momento las barbas de Marx y los bigotes de Stalin

P. ¿Cuándo y cómo comprendió usted el verdadero papel que jugó el Partido Comunista en el final de la República?

R. El plan staliniano de retirada de la guerra en España comenzó a partir de un mensaje traído desde Moscú por un representante soviético, el búlgaro Stepanov. Stalin “aconsejaba” que el partido comunista se dispusiera a “retirarse del gobierno”. Dirigentes españoles habituados a interpretar el lenguaje críptico de los gobernantes rusos comprendieron en seguida que no se trataba simplemente de retirarse del gobierno, sino de la lucha, de la guerra, de la defensa de la república; y del nombramiento como jefe del Ejército del Centro por los propios comunistas tenía por objeto poner fin a la guerra. El sabía que los comunistas no se iban a oponer al golpe. Tenía insinuaciones de los mismos dirigentes del partido. Lo imprevisto fue que surgiera



espontáneamente una facción comunista que no entraba en ese juego. Pero los jefes superiores cumplieron, y salieron de España al sonar las primeras señales del golpe.

P. Un eje central de su libro son las denominadas “conversaciones de Saint-Mandé”, posteriores a la guerra. ¿Hasta qué punto se extendió en el PCE esa reflexión autocrítica sobre la experiencia bélica vivida y la derrota?

R. Los comunistas se sentían preparados para asimilar todos los engaños. El grupo de Saint-Mandé estaba formado por disidentes como yo, pero la mayoría de los militantes se castigaba no comprendiendo nada. La “autocrítica” allí era un juego de palabras para justificar algo que hubiera salido mal pero el plan de retirada de España salió bien. Había que comprender que la culpa era de Casado y de ciertos republicanos despreciables.

P. Otro día hemos de hablar, no de historia, sino de teoría política, a la que usted se ha consagrado durante las últimas décadas en el marco académico universitario. Pero resúmanos hoy la esencia de lo que usted propugna bajo el nombre de “solidarismo”.

R. Creo que se abre una nueva época que puede desarrollarse bajo el signo de una doctrina, la que vengo llamando “solidarismo”. Esa palabra preside desde hace muchos años mis estudios sobre el Estado y la justicia social, y no es absolutamente nueva. Habla Ortega y Gasset de la justicia social y de los caminos acertados para conseguirla; caminos -dice- “que no parecen pasar por una miserable socialización, sino dirigirse en vía directa hacia un magnánimo solidarismo”.

El proyecto de Estado que vengo defendiendo tiene por base la vertebración más completa y racional de los diversos grupos sociales, profesionales, de producción y de cultura. No hay Estado posible, ni este ni otro alguno, construido sobre una sociedad desarticulada, incoherente y por añadidura desalentada y escéptica. En consecuencia, es indispensable esforzarse en tejer la nación como sistema de instituciones representativas de la sociedad “en directo”, sin la intermediación -negativa e innecesaria- de las tradicionales oligarquías políticas.

En 1954 publiqué mi libro titulado “Solidarismo”.

Según la fórmula prestigiosa de León Duguit: el Estado será una “federación de servicios”. Esta doctrina corresponde a una situación social en la que desaparece o empieza a desaparecer la barrera entre “lo público” y “lo privado”. El taller, la mina, la central eléctrica, la escuela, el hospital, serán parte de un nuevo Estado. Los servicios de nuevo tipo condensarían el conjunto de actividades productivas, la cultura y la riqueza del país. La economía no sería estatalizada, como en los fracasados esquemas socializadores, sino diversificada en las áreas autónomas de los diferentes servicios. Iría rompiéndose gradualmente la barrera entre lo público y lo privado, dando nacimiento a la riqueza social.



Posteriormente, en 1994 publiqué “El Estado y los poderes sociales” en el que profundicé la relación de “autonomía”, “solidaridad” y “estado”.-

Es que siempre se habla de retoques, de rectificaciones, de reajustes, pero no de un Estado básicamente distinto, desde la raíz a la cúpula. Y eso es lo que se necesita. Un Estado que reordene el establecimiento social con sustentos de verdad y de coherencia, contra el desbarajuste, el desgobierno –el lío permanente- de esta sociedad tan llena de maravillas y de valores admirables, pero tan desbaratada.

Por otra parte, la dirección de los asuntos sociales no tiene –ni debe ni puede tener- un solo centro. El nuevo Estado debe reconocer las diversidades existentes y enriquecedoras. Comenzando por no dividir la sociedad entre la nación política y un enorme mundo de creación, de trabajo y de ilusiones desplegado fuera del espacio oficial. Sostengo que hay auténticos “poderes sociales” que tienen una vigencia sólida y fuerte, y productivo interés en la vida del país, pero –hasta hoy- al margen de lo que es el Estado y de la participación en el tejido del Gobierno.

La fórmula se llama sencillamente: descentralización. Lo que significa algo muy importante: transferencia de poder. Todos esos grupos o entidades funcionales estarían dentro del Estado nuevo con todo su peso y validez, con libertad jurídica y con capacidad creativa propia. Democráticamente.

- Entrevista al Dr. Francisco-Félix Montiel realizada por Rosa Isabel Fernández Prieto el 25 de junio de 2002 .

Francisco-Félix Montiel nació en Aguilas (España) en 1908. Fue Profesor de Derecho Administrativo en la Universidad Complutense de Madrid y también en universidades de Cuba y del Perú. Dictó cursos en la Escuela Superior de Administración Pública (ESAP) de Lima (Perú). Entre sus principales trabajos sobre ciencia política y administrativa, figuran: Solidarismo (Cuba, 1954), Relieve y función del administrado (UNAM, México, 1961), La Sociedad al poder (IDEPS, Lima, 1988) además de su Tesis Doctoral publicada en España, en 1933, con el título Las instituciones administrativas en el regadío del Segura: un caso de colaboración. Ha dictado conferencias en la Sorbona (Paris), en centros universitarios de Praga, Bratislava, Belgrado, Miami y otras ciudades de Europa y América.-